P. PICA Y PECA

EL HIJO ART

1
230811



COLECCIÓN INOCENTE

10 CTS.

1
230811

47/1434914

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

EL HIJO ARTIFICIAL

I

DEL HOSPITAL AL ALTAR

Don Marcelino Pinacho era un sabio en toda la extensión de la palabra.

Su fama había traspuesto los Pirineos y en la universidad de Oxford y en Liepzig y hasta en la Pensilvania su nombre era harto conocido, pues siempre iba acompañado de los inventos más maravillosos.

Una vez estuvo a punto de alcanzar el premio Nobel, con todas sus consecuencias de millares de francos, pero un polaco se la jugó en puerta y quedó postergado.

Aquello fué una verdadera polacada, que nunca pudo olvidar el famoso profesor.

Antes de descubrirse el radio, y el tungsteno, y el osmio y el ramio ya lo había presentido don Marcelino, con su intuición de químico profundo y físico a macha martillo.

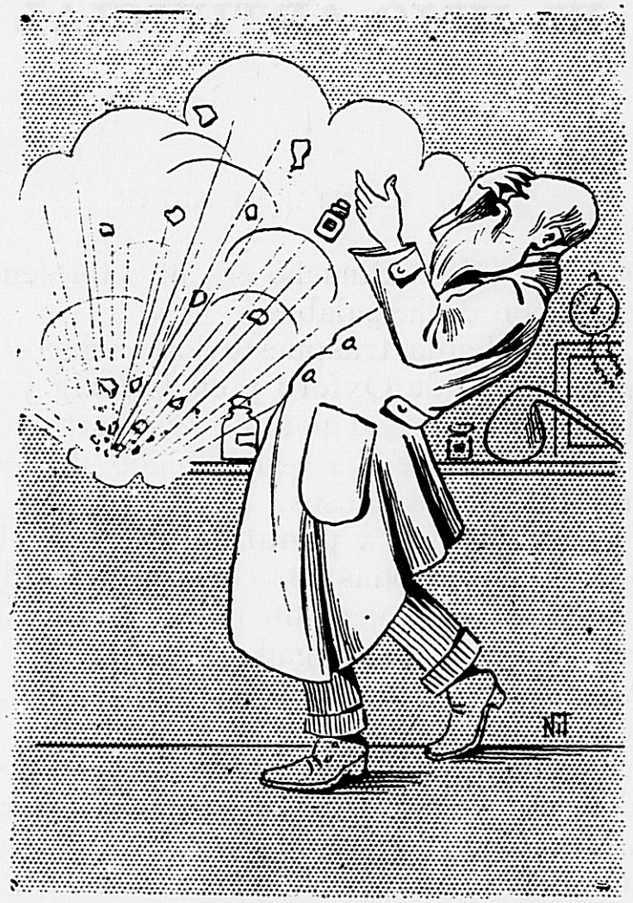
Pero todos sus triunfos en la vida pública, en su vida bienhechora para la humanidad, se veían amargados en su existencia particular y privada.

Y no es que tuviese defectos, vicios, como se achacan fundadamente a muchos de nuestros grandes hombres actuales, casi todos inferiores

R3189529

en intelecto a don Marcelino, sino que en la elección de su media naranja había estado desacertadísimo.

En la tierra no hay felicidad completa, como dijo otro sabio, compañero del señor Pinacho.



Un día, examinando las propiedades de ciertos cuerpos...

Y es una verdad como una plaza de toros.

Un día, examinando la propiedad de ciertos cuerpos estallaron éstos estrepitosamente y dieron con el suyo en tierra.

Le recogieron moribundo y se le condujo al hospital, que al parecer debía ser el último paradero del genio.

Pero tropezó con un médico excelente, que al saber de quién se trataba puso todo su empeño en salvar aquella vida que tantas glorias podía reservar a su patria.

Tratóle con esmero y le recomendó eficazmente a todo el personal de la casa, que desde el primer momento secundó el noble propósito del buen doctor.

Don Marcelino estaba para echarlo a los perros, como vulgarmente se dice. Tenía fracturadas algunas costillas, la nariz se le había quedado un poco vuelta hacia la derecha y de la boca había perdido algunas de sus piezas más indispensables para la masticación.

La curación fué larga y laboriosa.

Y en aquellas noches de insomnio, en aquellos eternos días de pasividad, don Hipólito mataba su tedio con la buena hermana de la caridad que habían puesto a su particular servicio, hablándole de ciencia, de los inventos que tenía en su cabeza y del calor que hace en Madrid en verano.

Aquellas continuas relaciones llegaron a hacerse íntimas, en el buen sentido de la palabra.

Se trataban amistosamente, se contaban sus cosas, y la hermana se franqueó un día con el doctor y le refirió su historia.

Era una historia vulgar por lo corriente, pero de gran trascendencia individual.

En el pueblecillo donde nació y creció hasta hacerse un tierno pimpollo había un alcalde, el

cual alcalde tenía un hijo, y este hijo estudiaba en la corte.

Regresó una vez de vacaciones, hecho un verdadero golfo, o mejor dicho, un tenorio con apoteosis.

Su mundología y la circunstancia de ser hijo de la primera autoridad popular le hacían irresistible.

Vió a Emilia, que así se llamaba la monja en el mundo y la diputó por suya.

—¡Hermosa mujer!—se dijo el estudiante relamiéndose de gusto.

Y la muchacha cayó atolondrada en brazos del galán, como los pajarillos caen en la boca de la serpiente, que los atrae con su cascabeleo enloquecedor.

—¿Y cómo quedó la cosa?—preguntóla el sabio, echándose mano a la quijada, que se condolía por la falta de muelas.

—Figúrese usted cómo quedaría—replicó ella—. Póngase usted en mi lugar.

—No, hermana, eso no—exclamó don Marcelino, protestando—. Cada uno en su puesto y a quien Dios se la dé que se la bendiga San Pedro.

—Quiero decir—prosiguió Emilia—que la cosa quedó de mala manera.

—Ya me lo figuro.

—Me abandonó.

—También me lo figuro. Y dejándola tal vez algún recuerdo.

—No, señor; una niña.

—Es lo mismo. ¡Pobrecita!

—Sí; murió a poco.

—No quería decir eso. ¿Y no volvió usted a verle?

—¿Para qué?

—Es claro. Con una, basta.

—Aborrecí el mundo, renegué de los hombres, ingresé en un convento de Arrepentidas, arrepintiéndome de todo... y aquí me tiene usted.

—Ya la veo.

La amistad hacía progresos, así como la curación del lesionado. Pronto sería dado de alta, para bien de la ciencia.

En todos los centros culturales se echaba de menos al famoso químico, de quien se esperaba los descubrimientos portentosos que nos habrían de poner a la cabeza de todo el mundo científico, incluso Alemania.

Así, por lo menos, lo aseguraba el propio don Marcelino.

¿Puede amar una hermana de la caridad? Porque aunque parezca profanación, Emilia se aficionaba cada vez más al sabio; y éste la contemplaba pensativo, como si reflexionase en su interior y resolviese un arduo problema, más intrincado todavía que cuantos se habían planteado en su imaginación clara y privilegiada.

Pronto volvería a su laboratorio: las inactivas retortas, los fríos crisoles, los enmohecidos frascos de ácidos peligrosos reclamaban su presencia; el país entero anhelaba conocer sus nuevos adelantos.

—¿Cuándo volveremos a vernos?—le preguntó entristecida Emilia una tibia noche, precursora del día en que iba a abandonar el benéfico establecimiento.

El sabio la miró fijamente un momento, la

cogió una mano y quiso introducirla entre las sábanas.

Ella creyó, sin duda, otra cosa y la retiró precipitadamente.

—¡No, eso no...!—exclamó, protestando.

Pero don Hipólito no había concebido, dígase así en honor de la ciencia, el menor pensamiento lascivo. Aquella mano había querido depositarla sobre su corazón.

Disculpó sus reparos, dió por colocada la mano en el sitio que quería, y la dijo, como contestando a su pregunta:

—¿Que cuándo nos veremos? Hoy, mañana, continuamente, siempre...

—¡Cómo!

—Sí, hermana, sí, adorada Emilia: yo puedo casarme, usted puede casarse, cumplidos sus votos. Yo la amo... soy solo... ¿Por qué no formar, aunque parezca algo tarde, un nido de amor?

—¡Don Marcelino!—exclamó ella, ruborizándose.

—Vamos, Emilia, acceda usted a mi súplica. Creo que no soy para usted un desconocido. Hasta he creído notar que me demostraba cierto afecto...

Ella movió afirmativamente la cabeza.

Entonces el sabio la echó los brazos al cuello, la arrugó la blanca y tiesa toca y la besó en la nariz, porque la joven rehuía el beso y escondía la cara, ruborosa, especialmente la boca.

Pero aquel beso selló la unión y poco tiempo después la hermana de la caridad era la esposa legítima de don Marcelino Pinacho, que la presentó en sociedad, sin descubrir, como es consiguiente, su procedencia y origen.

II

LA CABRA TIRA AL MONTE

Los primeros meses fueron de completa felicidad.

Don Marcelino, a pesar de su nariz torcida y la falta de muelas, cumplía sus deberes de esposo a las mil maravillas.

Aquello era un continuo gozar y un abandono científico que lloraban sus admiradores.

Pero llegó en seguida la reacción.

¿Cómo permanecer inactivo cuando tantos arduos problemas químicos reclamaban su privilegiado talento.

—¡Manos a la obra!—se dijo resueltamente un día.

Y por primera vez, después de su matrimonio, asistió a la Academia de Ciencias, de la cual era uno de los miembros más importantes.

Volvía de nuevo a la liza, con más empuje que nunca, dispuesto a eclipsar a los mayores sabios que en el mundo fueran.

En el Africa tenebrosa se había dejado mucho por estudiar Stanley; allí hacía falta un gran químico para desentrañar los misterios de la medicina indígena; y don Marcelino aseguró que nadie le ganaría la delantera; que emprendía el viaje por su cuenta y que a la vuelta verían las cosas que se traía de aquellos parajes casi desconocidos todavía, por lo que respectaba a sus propósitos.

Proveyóse de lo necesario, se despidió de su bien amada esposa y allá se largó, en medio de la admiración general y de un temporal que

parecía acabar con la embarcación en que tomó pasaje.

Pero hay un dios que vela por los hombres de ciencia y procura que no se malogren sus nobles propósitos, y al cabo de algún tiempo logró admirar don Marcelino el caudaloso Nilo, en cuyas riberas había de desentrañar tantos misterios y descubrir cosas maravillosas.

Emilia, entretanto, se aburría soberanamente.

Sentía la ausencia del amable compañero y renegaba de aquel afán científico que había derribado su cariño en un dos por tres.

Y pasaba el tiempo con una monotonía desesperante.

El secretario de la Academia iba de vez en cuando a visitarla, para adquirir noticias de aquel privilegiado genio, cuyo sacrificio no tenía recompensa justa, por grande que fuese.

¡Dejar sola a aquella mujer hermosísima... ! ¡Oh abnegación noble y admirable!

La joven agradecía tales ditirambos y se aficionaba cada vez más al secretario, cuyas visitas empezaban a menudear de una manera alarmante para el honor de don Marcelino, que estaba muy lejos de sospechar la tormenta que se cernía sobre su límpida y poco rugosa frente.

Una noche llegó lo esperado, mejor dicho, lo que no se esperaría seguramente el sabio de su mujercita adorada.

Presentóse en su casa el secretario, con la obligada muletilla de saber nuevas de don Marcelino.

Emilia no sabía nada de él; sólo sabía que hacía una noche espléndida y hermosa y que sentía una picazón horrible por todo su cuerpo.

—Eso es la sangre—observó el secretario.

—¡Si ya no la tengo!—replicó ella, con melancolía.

—¡Cómo!

—Quiero decir que esta ausencia ha agotado todas mis energías. ¡Que desfallezco!

Hizo ademanes vacilantes, para dar mayor fuerza a sus palabras y entonces el otro acudió presuroso con objeto de sostenerla y de paso echar un tanteo sobre lo que ya consideraba como país conquistado.

Emilia estaba verdaderamente incitante aquella noche.

Envuelta en vaporosa y artística bata, que por el cuello dejaba ver el nacimiento de unos pechos exuberantes y lo suficientemente corta para adivinar su bien torneada pantorrilla, parecía invitar a la tentación.

Y el secretario tentó aquellas carnes reservadas para don Marcelino, aunque ya muy sobadas por el hijo del alcalde, según confesión de la propia dueña.

—¿Qué hace usted?—dijo ella protestando pasivamente, es decir, arrimándose más a la querencia.

—¡Qué he de hacer, Emilia!—replicó él, armándose de valor y atrevimiento—. ¿Es que el amor puede ocultarse por más tiempo? ¿Es que no ha comprendido usted que me tiene loco?

Y ciego de frenesí la derribó sobre una *chaise-longue* que parecía colocada exprofeso a su alcance y empezó a besarla y aligerarla de ropa, mientras la mujer caía como rendida sobre aquel chisme mullido y coquetón y repetía entre espasmos de placer:

—¡Lo... co... lo... co... lo...!

Tal vez don Marcelino lucharía en aquellos precisos momentos contra un fiero león o andaría detrás de alguna salvaje de las riberas del Nilo misterioso para saciar también su larga abstinencia.

Este es un punto que no se ha logrado aclarar, ni creemos que sea necesario en nuestro relato.

El hecho es que Emilia cayó; es decir, no cayó materialmente, porque la *chaise-longue* era resistente, pero lo que es la cabeza del sabio sentiría el golpe moral, seguramente.

El tiempo, que no cesa de caminar, siguió andando, andando. Los amantes se pasaban las horas muertas en dulces coloquios y lo que cuelga, y don Marcelino escribió su próximo y triunfal regreso al lado de sus compañeros y de su bien amado.

—Los voy a dejar asombrados—se decía el buen hombre, orgulloso y satisfecho de los descubrimientos que había realizado en el Africa tenebrosa.

Traía a España grandes cosas que revelar, pero sobre todo una que había de conmover a la humanidad entera.

Porque rebuscando, consultando, observando, creía tener el convencimiento de que había realizado el ensueño más grande de su existencia.

¡El hijo artificial!

Ya no harían falta el hombre y la mujer para la procreación; la propagación de la especie resultaría la cosa más fácil del mundo. Unos aparatos, unas hierbas, unos ingredientes, un poco de paciencia y cualquiera podría ser madre de la noche a la mañana sin experimentar las molestias de la gestación ni los dolores del parto.

¡Grande era, en verdad, el invento de don Marcelino! ¡Su nombre pasaría a la historia, ya lo creo!

Mientras el sabio se solazaba ante su triunfo, su frágil esposa temblaba.

—¿Y qué haremos de esto?—le decía a su amante, dándose unos leves golpecitos en el abultado vientre.

—No sé—replicaba el otro, cabizbajo—. La cosa está a la vista... y ya es tarde para adoptar ningún procedimiento expeditivo.

—¡Si pudiéramos inventar alguna estratagema...!

Pero discurrían en vano. Hay cosas que no tienen remedio después de hechas.

Aquello era un nudo gordiano, una cuerda que se había echado al cuello el secretario.

¿Quién se la cortaría?

III

ESTOCADA EN HUESO

La recepción oficial fué estrepitosa. El buen sabio estaba sofocado y cansado.

Entre brindis, discursos de gracia y frases de gratitud no había tenido un momento de reposo.

Por fin se compadecieron de él y le dejaron retirarse a casa.

La entrevista conyugal fué afectuosísima. Besos, abrazos y suspiros y lágrimas.

Emilia se había aflojado un poco la ropa y así disimulaba su interesante estado.

Don Marcelino advirtió que estaba algo más gruesa, pero aquello lo atribuyó a la natural abstinencia de carne.

Pero ya sabemos que se equivocaba ; que era, precisamente, por todo lo contrario.

Llegó la noche y se acostaron los esposos...

Lector, coloca cuantos puntos suspensivos quieras, o mejor dicho, colócalos a capricho, sin llevar la cuenta, porque podrías equivocarte.

Don Marcelino, pasada su efervescencia, notó algo extraño ; observó sigilosamente y descubrió la infidelidad. Para eso era sabio.

Y en vez de empezar a gritos y a palos con la adúltera, lo cual hubiera podido producir un gran escándalo, optó por la prudencia, quiso portarse como un caballero y se quedó durmiendo tranquilamente, esperando el día para desembrollar aquel intrincado asunto.

Cuando el sol llegaba a la mitad de su carrera, muy tarde ya, porque la nochecita había sido de prueba, se levantó del lecho, que había abandonado con mucha antelación su cariñosa mujercita.

Almorzaron juntos, con la mayor tranquilidad, como si la paz reinase entre ellos y después del café se metió don Marcelino en su despacho.

—¿ Vas a trabajar ? — le preguntó ella con mimo.

—No ; pasa y hablaremos aquí tranquilamente de nuestras cosas ; nos contaremos nuestras respectivas ausencias.

Ella se puso pálida y entró con miedo, que

se convirtió en espanto cuando advirtió que su esposo echaba la llave.

—¡ Estoy descubierta !—pensó.

La escena fué terrible y dolorosa. El sabio amaba a aquella mujer y su infidelidad le había llenado de amargura.

Lloraba como un niño, haciendo una figura grotesca con sus mechones grises sobre la frente y su nariz torcida y encarnada por la exaltación.

Pero era también un hombre en toda la extensión de la palabra y juró castigar al infame seductor.

—¡ Quiero saber su nombre !—rugió.

Emilia tuvo miedo.

—¡ No ; déjame guardar el secreto !

—¡ Su nombre o mueres !

—Pues bien, el secretario—confesó la joven todo llorosa y asustada.

Don Marcelino salió precipitadamente. ¿ Iba a matarlo ?

No, ya hemos dicho que sabía arreglar las cosas con la mayor política y caballerosidad.

Buscó dos amigos y les comisionó para que se entrevistasen con otros dos que designase el secretario, y los cuatro concertasen el desafío.

—¿ Ha de ser a muerte ?—preguntóle uno de los padrinos—. Porque la ofensa es grave.

—Me es indiferente—contestó el sabio.

A la madrugada siguiente se celebró el lance.

Emilia enteróse de todo y procuró evitarlo, pero en vano, porque su esposo estaba dispuesto a demostrar que sólo en su ausencia podían haberse burlado de él de aquella ridícula manera.

La pobre mujer ignoraba el lugar donde iba

a verificarse el encuentro y ante la impotencia de acudir a él se arrojó sobre el lecho, llorando su desventura y pidiéndole a todos los santos de que se acordaba, y conocía a muchos, que escapasen con vida los dos combatientes, o por lo menos el secretario, ya que el bueno del sabio estaba algo averiado desde hacía algún tiempo.

Colocáronse los duelistas en sus respectivos sitios.

El médico destapó su botiquín de campaña y los padrinos dieron las últimas disposiciones.

Puestos en alto los afilados sables, los dos contendientes se miraron iracundos. El secretario no las tenía todas consigo, y no por remordimiento, sino porque no era gran maestro en el noble arte de la esgrima.

En el silencio sepulcral reinante sonaron las palmadas reglamentarias y empezaron los tajos y mandobles.

A duras penas podía el secretario contener el ímpetu de su adversario, que aparecía varonil y fuerte a pesar de sus años y su nariz ladeada.

Mientras tanto Emilia se revolcaba en el lecho, presa de una terrible crisis nerviosa. Las criadas apenas podían sujetarla y en vista de lo grave que se ponía llamaron al médico de la casa precipitadamente.

Don Marcelino simuló un golpe, y al querer librarse de él su contrincante, le descargó el sable sobre la cabeza con tan buena fortuna, que penetró en el cráneo y a poco más lo raja.

—¡Buena estocada! — exclamó por lo bajo uno de sus testigos, dirigiéndose al otro compañero.

—¡Como que casi no necesita descabello!— replicó éste, sin saber lo que se decía, a causa de la impresión recibida.

Pero quien mayor la recibió fué el secreta-



... empezaron los tajos y mandobles.

rio, que cayó redondo al suelo bañado en sangre.

Acudieron todos precipitadamente: el hombre había perdido el conocimiento; la herida era de gravedad.

El doctor empezó la curación con destreza y actividad, para contener la fuerte hemorragia producida.

Los testigos se acercaron al señor Pinacho.

—Es usted un perfecto caballero, porque ha lavado su honra en el terreno del honor — le dijo uno, estrechándole la mano.

—Puede usted estar satisfecho — le dijo otro—. Su honor ha quedado a salvo.

—Muchas gracias, caballeros—replicó tristemente el sabio—. Pero, ¿el hijo de quién es?

—¡Oh!—exclamó otro sin saber qué contestar.

—Porque lo cierto es—añadió—que yo no he engendrado *eso* que lleva mi mujer aquí.

Y se golpeaba en el vientre.

Los demás le miraban asombrados. A don Marcelino no se le notaba nada allí.

Pronto se dieron cuenta de lo que quería decir el sabio.

Acompañado de sus padrinos regresó a su casa, como regresan a la fonda los diestros, acompañados de sus respectivas cuadrillas.

Al llegar notó algo extraordinario: los criados le recibieron espantados.

¿Qué ocurría?

Penetró en el dormitorio de su esposa a cuya estancia se encaminaban las sirvientas y la halló en la cama. A su lado había un hombre, que reconoció en seguida. El médico de casa.

Al verle entrar, Emilia lanzó un grito espantoso y cayó desmayada sobre la almohada.

Todo lo comprendió en seguida. Su amante había sido la víctima.

El sabio la contempló con desprecio y preguntó al doctor:

—Una crisis nerviosa que puede tener graves consecuencias, en vista de su estado — le dijo éste.

Don Marcelino se retiró, frío e indiferente a

su despacho y se puso a trabajar, como si no hubiese ocurrido aquel día nada de particular. La idea se imponía a la materia.

Y muchas horas después entraron a comunicarle que su esposa había abortado un feto.

—¡Me alegro!—exclamó el sabio sin poder contenerse.

Y siguió impertérrito en su faena.

IV

EN BUSCA DEL HIJO

Ha pasado algún tiempo.

Los esposos se han reconciliado, a causa de la conducta ejemplar de ella.

Se olvidó él del secretario y juró que en lo sucesivo viviría sola y exclusivamente para don Marcelino.

Este la perdonó con esa magnanimidad que sólo es patrimonio de los hombres grandes, pero juró también, por su parte, que vivirían espiritualmente, sin rozamiento alguno carnal.

Don Marcelino era atroz.

Y lo repetimos, ha pasado algún tiempo sin que ocurra el menor incidente.

Emilia, resignada; el sabio, en su labor ímproba y trascendental.

Ha abierto su casa de par en par, da fiestas, acude gente, y su esposa sigue inexpugnable.

Esto le satisface.

Ella ha intentado reanudar sus relaciones íntimas con el hombre a quien unió su destino, pero él se llama andana.

Y se consume viva; su sangre ardiente exige

placeres, su joven naturaleza se rebela de la continencia y, sin embargo, don Marcelino duerme tranquilo en su lecho de soltero.

Ni el menor indicio despierta en él la menor sospecha ; su esposa se ha regenerado, su mujercita llegará a tener un altar con el tiempo y una caña.

Orgulloso y satisfecho se dedica a la busca y captura de criadas y modistillas, cuyos favores paga generosamente.

El hombre está dispuesto a matar por consunción a su esposa. El macho busca a la hembra, pero la suya propia queda castrada, sin estarlo, queda privada, por su infidelidad pasada, de los goces que tenía derecho a experimentar en este valle de lágrimas y desventuras.

Tal vez piense el lector que Emilia tenía algún amante secreto, que se la pegaba a su marido con otro, haciéndose la virtuosa, pero se equivoca.

No salía de casa y en sus habitaciones particulares, vigiladas cautelosamente, sólo entraba una doncella, que antes había sido nodriza en casa de unos marqueses. Era alta, guapa, bien formada y sentía gran afecto hacia su ama, a quien compadecía por sus desgracias.

La intimidad que se estableció entre las dos mujeres era harto sospechosa. ¿Sería aquella doncella un hombre disfrazado de mujer?

A don Marcelino le constaba lo contrario y además le costó algunos empujones, cuando quiso practicar ciertos reconocimientos vedados por la moral.

Y las dejaba hacer.

Acaso en su larga percepción de hombre sabio supuso lo que podía ocurrir entre ambas, pero lo disculpaba.

—A falta de pan, buenas son tortas—se decía filosóficamente.

Don Marcelino tenía su laboratorio, como correspondía a sus estudios, y tenía además un admirador de sus elucubraciones. Es decir, tenía muchos, pero uno, sobre todo, un joven andaluz, callado y prudente, le reverenciaba.

Había terminado la carrera de medicina y gustaba de asimilarse todos los inventos modernos. La gloria le deslumbraba.

¿Y qué mayor gloria que presentarse en Purchena, pueblo de su nacimiento, llevando un arsenal de específicos raros, de medicamentos portentosos que eclipsasen a sus compañeros, especialmente a aquel don Pedro, médico chapado a la antigua, que aplicaba las lavativas con un cañuto de caña?

Y se adhirió a don Marcelino como una lapa.

El sabio le tomó cariño, apreció sus excelentes aptitudes, y a falta de sucesor directo, se propuso dejar en él todos sus conocimientos, transmitirle todo su talento, revelarle el secreto más grande, la maravilla más estupenda, su sueño, casi realizado, de producir el hijo artificial.

Porque el problema lo consideraba resuelto definitivamente.

Sus estudios africanos habían sido el complemento de una labor de años, de lustros, que el éxito coronaría, seguramente.

Enrique creía en ello y se ofreció a secundar su labor, con el mayor entusiasmo.

—Maestro—le decía—, manos a la obra. Hagamos el hijo artificial, enfrente del natural.

El sabio acabó por acoger paternalmente en su casa a aquel joven y le proporcionó posada completa.

Junto a su dormitorio hizo colocarle una cama y lo sentó a su mesa.

Emilia le cobró una aversión terrible desde el primer día. Le pareció un espía más, que su marido le colocaba y juró dirigirle la palabra únicamente cuando la cortesía y la educación lo exigiesen.

El demostraba con su conducta que maldito lo que se preocupaba de ella, por muy bonita que apareciese.

Era vida de laboratorio la suya; los dos hombres se pasaban en él horas y más horas evaporando líquidos, triturando sales, mezclando ácidos, trasvasando mezclas, gastando carbón para caldear retortas, extrayendo esencias...

Pasaban los días en completa abstracción de la realidad.

Emilia llegó a temer por la salud de su esposo y a veces penetraba tímidamente en el laboratorio, observando silenciosa las preparaciones.

Ninguno de los dos se preocupaba de ella. Si preguntaba la contestaban con monosílabos y seguían trabajando.

¡Al fin hallarían la fórmula para fabricar el hijo artificial, ya lo creo!

En aquella atmósfera caldeada de gases llegó a hacerse una noche la reconciliación.

Es decir, se suavizaron asperezas y fué aquello como el síntoma de una futura era de paz y concordia.

Emilia admiró a su esposo. Comprendió que

era un genio, y arrodillada ante él, puso la mano sobre un crisol, que todavía quemaba demasiado, por lo cual tuvo que retirarla precipitadamente y juró por milésima vez que antes se volvería mora que pecar de nuevo.

Estaba hermosa. Parecía la Magdalena arrepentida que figura en algunos cuadros bien pintados y Enrique se compadeció de la infeliz.

—Ya está bastante purificada, don Marcelino — le dijo al sabio—. Perdone usted y que esta reconciliación sea eterna.

Los juntó, empujándolos sobre un armario inmediato, donde hicieron las paces y derribaron impensadamente algunos frascos de cristal.

Oyóse el ruido de los vidrios rotos y de un beso estrepitoso.

Enrique se ganó un fuerte apretón de manos.

La vida se tornó más agradable.

Eso sí, don Marcelino había jurado no hacer vida marital y siguió en sus trece.

Aquel beso fué la única expansión amorosa que se permitió.

Emilia estuvo aquella noche más expansiva con su doncella. Tal vez le contaría lo ocurrido; eso no lo sabe el autor; pero lo cierto es que el sabio no la tocó el pelo de la ropa, como suele decirse.

La joven les acompañaba a ratos en el laboratorio y una vez iniciada en el secreto que se pretendía descubrir se interesó hasta el punto de convertirse en la más activa colaboradora.

—¡Oh, si lo consiguieras...! — exclamaba, contemplando con admiración a su esposo—. ¡Cuántos sufrimientos nos evitarías!

—A eso tiende—decía Enrique, fatigado, extendiéndose en la butaca que ocupaba.

—¡ Lo que es las mujeres te daríamos cuanto nos pidieses... !

—¡ Emilia !

—Ya me entiendes. Porque lo que es yo, no daría nada.

La intimidad que poco a poco se iba estableciendo estrechó más los lazos de unión entre aquellos tres seres que sentían los mismos anhelos, que luchaban por la misma idea.

Enrique se fijó entonces con detenimiento en Emilia.

Era una real moza, una mujer de una vez. A través de sus ligeros matinées de casa se entreveían y se adivinaban encantos que hubieran hecho feliz a cualquier mortal, aunque no fuese hijo de Purchena.

Cuando se sentaba negligentemente en una mecedora y el continuo vaivén movía su ropa, dejaba ver el comienzo de una pantorrilla, los cimientos soberbios de un edificio, cuyo piso principal debía ser un edén.

Y si se inclinaba un poco para observar la ebullición de una mezcla de ácidos, exhibía el nacimiento de unos senos redondos y blancos que incitaban a buscar con los labios sus rosados botones, en erección continua, según se notaban por encima del corsé.

Emilia era una real moza.

No queremos creer que ella se hubiese fijado tanto en el mediquillo, pero lo miraba a veces y a veces le sonreía enigmáticamente.

¿Se repetiría la escena del secretario de la universidad?

El sabio estaba tranquilo; descansaba en la

fidelidad de su discípulo y en el escarmiento dado a su mujer.

Descansaba y dormitaba, porque aquellas interminables horas de espera iban cansando ya su naturaleza debilitada por los años y los estudios.

Era aquello una labor superior a sus fuerzas.

A ratos se reclinaba en el canapé y allí dormitaba mientras se fundía un mineral en el crisol o destilaba algún líquido extraño, producto de sus disoluciones.

Los jóvenes, entretanto, se contemplaban en silencio y seguían al cuidado de la operación, despertando al sabio cuando llegaba a su fin.

Y así poco a poco se avanzaba en la resolución del trascendental problema y así, poco a poco también, se cernía la tempestad sobre la cabeza de don Marcelino.

Una noche no pudo más y se retiró a su habitación, después de dar sus últimas disposiciones a sus colaboradores.

Quedaron solos los dos jóvenes en el caldeado laboratorio.

Enrique estaba en mangas de camisa, sudoroso y jadeante.

Ella se sentía también sofocada y se había soltado el cinturón que ceñía a su cuerpo la vaporosa bata de noche. Estaba seductora.

Y al transportar una bombona de un sitio a otro rozáronse sus cuerpos y una ráfaga de voluptuosidad cruzó por sus miradas.

Se contemplaron un momento.

Emilia bajó los ojos ruborosa, como temiendo haber provocado tal éxtasis y acaso pensado también entragedias pasadas ya.

Pero Enrique estaba descompuesto, fuera de sí.

Toda la sangre se le subió a la cabeza, cegó, la bestia humana se impuso, y olvidando los deberes de gratitud, de hospitalidad, de caballerosidad, todos los deberes, en fin, cogió a



Se contemplaron un momento.

Emilia por la cintura como si fuese un leve envoltorio de algodón y la derribó, jadeante, sobre el canapé.

Ella no se atrevía a resistir. Tal vez los vapores que se desprendían de todas aquellas soluciones que habían de componer la fórmula del hijo artificial la habían trastornado. Una languidez suprema y sensual, un afán de sa-

ciar deseos harto tiempo ya no experimentados la hicieron entregarse, mejor dicho, los hicieron sufrir el mismo vértigo que había invadido a Enrique, y allí se solazaron, allí se hartaron las dos bestias, jadeantes, furiosas de pasión, locas de placeres...

A todo esto don Marcelino roncaba como un bendito y el crisol puesto al fuego había llegado al rojo blanco, amenazando explotar.

V

DE CARNE Y HUESO

Al día siguiente se repitió la operación. Vamos, la operación de seguir estudiando productos químicos para obtener la fórmula del hijo artificial.

La doncella se retiró aquel día del cuarto de su ama más temprano que de costumbre.

Don Marcelino contaba ya con la clave del secreto. Algunos ensayos parciales le habían demostrado que el problema estaba a punto de resolverse.

—Animo, hijos míos—les decía entusiasmado—. Ahora hay que apretar más que nunca.

Ellos se miraban y sonreían enigmáticamente.

El sabio no estaba en aquel secreto.

Y los tres trabajaban con ardor y constancia.

El señor Pinacho había dejado entrever algo en la Academia de Ciencias y todos sus compañeros esperaban con ansia el sensacional descubrimiento.

Hasta se indicó ya el sitio donde le emplazarían la estatua.

Faltaba poco, cuestión de detalle, como suele decirse, y el sabio descargó casi todo el peso del trabajo en sus auxiliares.

—Velad vosotros de noche, ya que sois jóvenes—les decía—, que yo os relevaré durante el día.

Y solos se quedaban casi todas las noches el médico y Emilia.

Esta no había podido conseguir de ninguna manera, aun acudiendo a las cuarenta mil seducciones y coqueterías de que se vale la mujer, que su esposo hubiese hecho lecho común con ella una sola noche.

El sabio, hombre indomable y enérgico, no se rendía ; lo jurado había que cumplirlo.

Ni un eunuco hubiera sido más virtuoso al lado de una hembra.

Y Emilia tenía poderosas razones para que don Marcelino hubiese usado de su derecho matrimonial.

¿Razones poderosas? se dirá el lector.

No se equivoca en sus suposiciones. Los jóvenes cuidaban las retortas, crisoles y demás chismes del laboratorio, pero no olvidaban otros ; rendían ferviente y exagerado culto a su naciente amor.

Y así como poco a poco se iba fraguando en aquel estudio la fórmula del hijo artificial, en las entrañas de Emilia iba tomando forma el hijo natural, que en mal hora (las tres de la madrugada) concibiera.

—¿Qué haremos?—le preguntaba una noche a Enrique—. Porque esto no puede quedar así.

—No, no quedará—replicaba el otro.

—Hay que adoptar alguna medida.

—Hija mía, lo que es hasta dentro de algunos meses...

—¡ Pero y si mi esposo se entera... !

—Ya lo evitaremos. Aun falta algún tiempo...

—¡ Ay, Enrique, lo que hemos hecho !

—¡ No se sabe !

—¡ Cómo !

—Digo que ya veremos lo que sale.

Pasados aquellos momentos de terror, los amantes se dedicaban a sus continuas expansiones.

Es lo que decía el médico, procurando conformarse y consolar a Emilia.

—¡ Ya está hecho ! Y ya sabes : a lo hecho, pecho.

Y la besaba en el ídem y la trastornaba con sus caricias, que suspendía a ratos para atizar el fuego o apartar la retorta.

Don Marcelino seguía durmiendo tranquilamente muy ajeno de lo que ocurría.

Creía en el arrepentimiento de su mujer y en la lealtad de su ayudante y no pensaba que se la pegasen tan escandalosamente.

En su intelecto de sabio no cabían cosas tan ruines.

Así siguieron pasando los días y los meses.

Una tarde empezó don Marcelino a palmotear como un chiquillo.

Aquello estaba a punto de salir. El hijo artificial se revelaba.

No había tomado todavía forma corpórea, pero la tomaría muy pronto.

Lo presentía el sabio : todas las fórmulas ensayadas daban el mismo resultado. Allí había una batería de frascos, minerales, aguas

extrañas, polvos indefinibles a simple vista. El resultado de tantos meses de estudios concienzudos.

Mezclar todo aquello, encerrarlo en un aparato dispuesto de antemano, calentarlo suavemente, esperar unos días y de allí surgiría vivo y sano y robusto y hermoso el hijo artificial.

Aquel mismo día sintió Emilia muy punzantes dolores en el vientre que la alarmaron y la hicieron palidecer.

Manos a la obra todos. Faltaba el último esfuerzo : el triunfo llegaba, el éxito se aproximaba a pasos agigantados.

Pero, ¡ oh fatalidad !

Por aquellos mismos días tenía que ir don Marcelino a Berlín, para presidir un congreso internacional al cual concurrían los químicos más eminentes del mundo entero.

Excusarse era imposible y mucho menos suspender el congreso hasta dar cima y coronamiento a su obra.

Triste era en verdad la situación.

¿ Y si acaso se revelaba el hijo artificial durante su ausencia ?

¡ Tanta labor para no alcanzar la inmensa dicha de ser el primero en abrazar a aquel ser humano, producto de su talento !

Pero don Marcelino se debía a la ciencia y se fué a Berlín.

—Ahí queda eso—les dijo a su esposa y a Enrique—. Mi ausencia será corta ; una semana. Pero si desgraciadamente mientras yo esté fuera surge, adquiere forma humana el hijo artificial, me ponéis un telegrama participándome la feliz nueva y diciéndome si nuestro producto químico es varón o hembra.

Ellos se lo prometieron así, y después de mil órdenes, advertencias y observaciones, partió meditabundo y harto preocupado el señor Pinacho.

La recepción que se le hizo en la capital alemana fué grandiosa. Aunque no entendía el alemán, comprendió que se le vitoreaba y agasajaba, especialmente cuando le daban cerveza.

A aquel Congreso, efectivamente, acudió lo más eminente del mundo científico, del cual era digno coronamiento don Marcelino.

Su discurso produjo sensación enorme, cuando explicó en líneas generales su fórmula para la creación del hijo artificial.

Dicho por otro, hubiera parecido mentira, pero en boca del señor Pinacho se creyó como artículo de fe.

A la tercera sesión, víspera de la clausura, recibió don Marcelino un telegrama.

Palideció intensamente y a poco estuvo de caer encima del representante de Holanda, que se hallaba a su lado.

El despacho era lacónico, pero expresivo ; decía así :

«Nació hijo artificial. Es un robusto y hermoso varón. Emilia y Enrique.»

Dió al ordenanza un marco y se dió él con el de la puerta en la frente, a causa de la precipitación con que salió, dirigiéndose rápido a la fonda.

En el primer tren que salió regresó a Madrid, ansioso, jadeante, frenético.

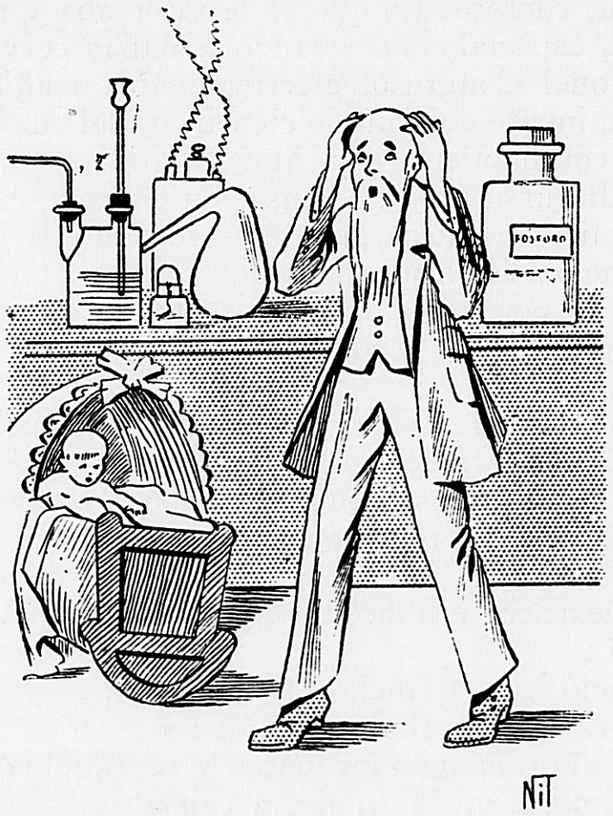
—¡ Ese es mi hijo !—se decía—. Es mi hijo espiritual y yo soy su verdadero padre, porque yo lo he concebido en este cerebro, que sólo por él ha pensado años y años.

Y se golpeaba en la frente hasta hacerse un cardenal.

Don Marcelino penetró en su casa como una bomba.

—¿Dónde está? ¿Dónde están?

Las criadas le encaminaron al laboratorio,



—¡Con que no era artificial!

recomendándole que se contuviese y que no hiciese mucho ruido.

A duras penas refrenó el paso; tiró la maleta, que aplastó a un gato que se hallaba junto al paragüero y llegó al laboratorio.

Abrió la puerta.

Allí estaban Emilia y Enrique. Junto a ellos había una artística cuna y dentro de ella...

Dentro de ella dormía, con el sueño profundo de los primeros días del nacimiento, un preciocísimo niño, rollizo y hermoso.

Los jóvenes lo contemplaban con cariño y al mismo tiempo hacían señas a don Marcelino para que no le despertase con sus voces.

¡Pero cualquiera sujetaba al sabio!

—¡El hijo artificial! ¡Ya salió!

—¡Sí, sí!—respondieron ellos.

—¡He aquí mi obra! ¡Mi obra de tantos años...! ¡Hijo mío!

Las voces despertaron a la criatura, que empezó a llorar desesperadamente.

Emilia le miró con ternura, le sacó de la cuna y soltándose el corpiño se lo acercó al pecho y le dió de mamar con el mayor cariño.

Don Marcelino quedóse atónito.

Miró a su esposa, miró a Enrique... y lo comprendió todo.

—¡Conque no era artificial!

—¡Es natural!

Y el sabio cayó desplomado sobre la cuna, que se derrumbó a su peso.

———

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII —Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor

EN PRENSA

Los predestinados

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona